

mente la coherencia interna de los mismos y la permanente voluntad de reflexión y ponderación del autor. Los dos capítulos de la primera parte estudian los conflictos y los arreglos entre el nuevo Estado liberal y la Iglesia; es decir, los desafíos planteados a la Iglesia por la Revolución liberal y los problemas de la confesionalidad del Estado en el Concordato de 1851 y en las diversas Constituciones decimonónicas. La segunda parte dedica tres capítulos a los apuros y renovación del clero español: situación del clero a lo largo del siglo XIX, la excomunión de los religiosos y la contribución renovada de las congregaciones religiosas durante los dos últimos siglos. La tercera aborda en dos interesantísimos capítulos los embates de los nuevos tiempos: en uno analiza detalladamente la secularización (y las reacciones que provocó), tanto en el sentido de desamortización o incautación de bienes de la Iglesia («secularización de las cosas» lo llama el autor), como en el sentido de desacralización de los comportamientos humanos («secularización de las actitudes»); el otro capítulo está destinado al anticlericalismo en sus diversas variantes y etapas. No menos interesante es la cuarta parte, que reproduce dos trabajos sobre las respuestas de la Iglesia antes los nuevos retos: los jalones de la evangelización en el siglo XIX y la cuestión de la enseñanza católica.

Nada hay, por tanto, en la crisis de la Iglesia española del siglo XIX ni en las relaciones con la historia de España, que haya escapado al estudio y reflexión del profesor Revuelta. Los temas referentes a la revolución liberal y sus corolarios, desamortización y excomunión, confesionalidad del Estado, secularización de la sociedad, traducida demasiadas veces en anticlericalismo y persecución. Cuestiones que afectan a la vida interna de la Iglesia, el clero, los religiosos, los católicos liberales o los integristas; la presencia social de los católicos, nuevas formas de evangelización, acción educadora, recuperación de las congregaciones religiosas, etc. Todas ellas presentadas con el sosiego del historiador experimentado y la capacidad de reflexión y ponderación que da la madurez.

Ni que decir tiene que la abundante bibliografía original ha sido cuidadosamente actualizada. Pero hay que resaltar que no estamos ante una mera acumulación de títulos, sino que las más de las veces el lector se encuentra asesorado y conducido mediante comentarios certeros acerca del contenido y la orientación del libro citado o de su autor. Además, un índice de nombres propios contribuye a facilitar la lectura a la vez que da idea de la envergadura de la obra que tenemos entre manos. Y todo ello escrito con el tradicional estilo claro, conciso y sugerente del autor.—ENRIQUE LULL MARTÍ.

EGIDO, TEÓFANES (Coord.) - BURRIEZA SÁNCHEZ, JAVIER - REVUELTA GONZÁLEZ, MANUEL, *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico* (Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos y Marcial Pons, Madrid 2004), 511p., ISBN: 84-95379-79-1

No es la primera vez que se escribe una Historia de la Compañía de Jesús, ya sea estrictamente en España o en el ámbito universal. Ya lo hicieron, por ejemplo, el célebre Ricardo García Villoslada en 1954 (*Manual de Historia de la Compañía de Jesús*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 2 vols.) o William Bangert en 1982 (*His-*

*toria de la Compañía de Jesús*, Santander, Sal Terrae). Incluso uno de los autores del libro, el profesor Manuel Revuelta, publicó en 1984 la magna obra *La compañía de Jesús en la España contemporánea* (Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1984-1991), cuyos dos volúmenes abarcaban un total de 2.717 páginas. Sin embargo, la obra que hoy se nos presenta constituye uno de los mejores estudios sistemáticos que se han escrito hasta el momento, fruto de la madurez de dos de los mejores historiadores de la Iglesia españoles (Teófanos Egido y el ya citado Manuel Revuelta) y de la innovación de un representante de la nueva generación dentro de esta corriente (Javier Burrieza, Doctor en Historia Moderna por la Universidad de Valladolid). En poco más de quinientas páginas se nos dan a conocer las trazas fundamentales de una orden religiosa con casi medio milenio de Historia focalizada en torno a los que han sido posiblemente sus dos grandes ámbitos de desarrollo: España, que fue el país que la vio nacer (en sentido estricto nació en la Península Itálica, pero la puesta en marcha se produjo en el centro de la monarquía encabezada en ese momento por Carlos V), y el mundo hispánico, donde el catolicismo es la religión dominante desde la llegada de los europeos a finales del siglo xv.

Se trata, a nuestro juicio, de un libro muy pensado. Poner las notas a pie de página al final de la obra tiene la desventaja de que puede hacer al lector perder el hilo de lo que está leyendo, pero también permitirle concentrarse en la lectura esencial del texto: se trata de una opción perfectamente respetable, aunque, en cualquier caso, al tratarse de una monografía de investigación, dichas notas a pie de página resultan esenciales para quien, a partir de la percepción de un fenómeno o hecho concreto, quiera profundizar en ese punto. Por otra parte, la bibliografía con la que se ha trabajado está perfectamente estructurada: primero, la explicación de los archivos consultados; a continuación, los libros, artículos y demás contribuciones utilizados, divididos en dos bloques, uno dedicado a la Edad Moderna (siglos xvi-xviii), y otro a la Edad Contemporánea (siglos xix-xx). Finalmente, un índice onomástico bastante completo que contribuye a dar solidez al libro.

Aunque son tres los autores, en realidad podemos diferenciar dos etapas históricas claramente diferenciadas: de la fundación de la Compañía hasta la Guerra de la Independencia; y de dicha contienda hasta nuestros días. El reparto de trabajo ha sido, en ese sentido, bastante equitativo: Javier Burrieza y Manuel Revuelta escriben un número parecido de páginas (195 y 179, respectivamente), mientras que Teófanos Egido, además de ser el autor de uno de los capítulos (el VI, que tienen poco más de 50 páginas), ha sido quien ha coordinado la obra, en una eficaz labor que se percibe desde el primer momento y que ha llevado a la publicación de un estudio francamente compensado tanto temática como cronológicamente.

Comienza el libro Javier Burrieza con un análisis de lo que es un jesuita: cuáles son sus ideas, sus modos de proceder, etc. Resulta un enfoque adecuado, porque nos permitirá comprender el desarrollo histórico posterior. Parece evidente que la actuación del jesuita se encuentra marcada por el pensamiento del fundador de la orden, San Ignacio de Loyola, cuya concepción de los ejercicios espirituales habría de marcar la religiosidad de sus seguidores, mientras que las constituciones, como recuerda Burrieza, requirieron de un largo proceso de elaboración, ya que San Ignacio necesitaba determinar de la manera lo más precisa posible cuál sería el ideal de jesuita. Lo que sí parece claro era el deseo del fundador de la orden de innovar, imponiendo un

régimen de vida bastante estricto (con mortificación incluida) que ha llevado a algunos a ver la orden jesuítica como una institución de influencia castrense: la disciplina debía ser un hecho incuestionable. A partir de ahí, Burrieza empieza a narrar el desarrollo histórico de la Compañía, que en su caso alcanza hasta los inicios del siglo XVIII.

Con razón señala este historiador que la Compañía se encontraba marcada para buscar su expansión en la Península Ibérica, no solo por la procedencia de San Ignacio (oriundo de Loyola, localidad cercana a Azpeitia), sino también por el hecho de que cinco de los llamados «cofundadores» eran también españoles (Diego de Laínez, Nicolás de Bobadilla, Francisco Javier y Alfonso Salmerón, además del propio San Ignacio). Pero pronto se vio clara la vocación universal de los jesuitas y, tras abrir una segunda provincia en Portugal, marcharon a la lejanísima (sobre todo para aquellos tiempos) India. En la propia España crearían en menos de diez años la estructura de la orden, que se mantendría hasta prácticamente nuestros días: cuatro provincias, tres de ellas en 1554 (Castilla, Aragón y Bética) y una cuarta en 1562 (Toledo, actualmente unida con Castilla en una única provincia bajo el nombre de esta última). Sorprende, en ese sentido, la rapidez con la que lograron apoyos, hasta el punto de que un importante aristócrata (Francisco de Borja, Duque de Gandía y Marqués de Llombay) se acabaría convirtiendo en uno de sus más insignes miembros. San Ignacio no tardaría en darse cuenta de la enorme potencialidad del nuevo jesuita y por ello, como recuerda Burrieza, le impidió que viviera en un pequeño retiro en las Vascongadas.

Esta manera tan sumamente efectiva de expansión no tardó en levantar envidias entre el resto de las órdenes religiosas, que veían a la Compañía de Jesús como un auténtico rival en lugar de como un nuevo acompañante en la predicación de la fe cristiana. Fueron particularmente combativos contra ellos precisamente los que hasta ese momento habían ostentado el dominio clerical, los dominicos (Orden de los Predicadores). Sin embargo, los jesuitas, como señala este Doctor en Historia Moderna, sabían que la *españolización* de su orden resultaba esencial, debido a que la hegemonía de la Monarquía Hispánica proporcionaba, en el siglo XVI, un carácter cosmopolita a todo lo español, contrariamente a lo que se viviría en otros tiempos.

Aunque no puede desdeñarse, por supuesto, el papel ejercido por los sucesores de San Ignacio en la dirección de la Compañía (los dos primeros serían Diego Laínez y Francisco de Borja), Burrieza quiere destacar la figura de Baltasar Álvarez, cuya concepción de la oración generó conflictos dentro de la orden pero a quien la Compañía debe, en virtud de su poderosa influencia sobre doña Magdalena de Ulloa, el importante establecimiento de Villagarcía de Campos, donde sería trasladado el noviciado de Castilla desde Medina del Campo. Otro jesuita significado en aquella etapa fue Antonio de Araoz, que gozaba del apoyo no solo del Inquisidor general, Fernando de Valdés, sino también del hombre más poderoso de su momento, el monarca Felipe II. En ese sentido, el autor destaca las grietas que aparecieron dentro de la orden, ya que los jesuitas que tenían gran fuerza en España querían sustraerse a la autoridad que procedía de Roma. Estas grietas se solventarían con el liderazgo de Claudio Aquaviva, cuyo largo gobierno de la Compañía (1581-1615) no sólo serviría para acabar con las disidencias, sino también para iniciar el protagonismo tan importante de los jesuitas en un ámbito esencial para la Iglesia: la educación. En efecto, fue bajo su mandato cuando se puso en marcha la célebre *Ratio Studiorum* (1599), que serviría, además,

para un aumento espectacular del número de miembros de la Compañía de Jesús, que a comienzos del siglo xvii contaba ya con más de tres mil efectivos.

Lógicamente, este crecimiento en número de miembros debía ir acompañado de la construcción de colegios, iglesias y residencias que no solo dieron cobijo a los jesuitas, sino que también permitieran dejar patente su presencia física, en un acto cargado de simbolismo. Desde esa perspectiva, Javier Burrieza ha realizado un excelente trabajo de recopilación de información sobre la cuestión, lo que permite al lector efectuar un seguimiento completo de la arquitectura propiamente jesuítica. Seguramente esta expansión tan visible debió volver a disgustar a los dominicos, que se habían dado cuenta ya de que los jesuitas comenzaban a ser importantes rivales en el terreno de lo teológico y, por ello, mantendrían importantes pugnas en este terreno, como la controversia en torno a un tema tan esencial para la fe cristiana como es la gracia. Este crecimiento teológico se traduciría en figuras de primer relieve como Francisco Suárez o Juan de Mariana.

En cualquier caso, a la luz de los que nos transmite Burrieza, queda claro que los jesuitas querían seguir la tradición educativa de la Iglesia y por ello decidieron impulsar la creación de centros escolares, sin olvidar la necesaria presencia en la predicación (el autor dedica mucha atención el tema de los sermones) y la confesión y dirección espiritual. Estoy de acuerdo con el autor, en ese sentido, en el hecho de que un director espiritual o un confesor, en una sociedad tan sacralizada como la del siglo xvii, constituya una figura de extraordinaria relevancia: era quien podía dar al fiel soluciones sobre sus problemas personales y familiares, quien podía prestar ayuda en momentos de dificultad económica o, sencillamente, quien podía guiar en la búsqueda de un camino de perfección. Por desgracia, no faltarían casos en que ello se traduciría en un abuso de poder, lo que acabaría generando de una u otra manera actitudes anticlericales.

No obstante, Burrieza piensa que, junto a la instalación en círculos de poder, hubo tres ministerios a los que los jesuitas dedicaron mucha atención y que les daría enorme prestigio: las visitas a los hospitales, la atención espiritual en las cárceles y los trabajos de asistencia social. Fuera por esta razón o por otras, los jesuitas demostraron una vez más su capacidad de innovación y, por qué no decirlo, de anticipación, y, al tiempo que fomentaban las vocaciones para encontrar nuevos miembros activos de la Compañía, buscó apoyos dentro del mundo seglar a partir de la creación de congregaciones, calificadas por el autor de «clientelas de los jesuitas».

Este conjunto de factores permitió a los jesuitas llegar a su primer siglo de existencia en un momento francamente de alza, aunque a la muerte de Vitelleschi (sucesor de Aquaviva) hubieran surgido nuevas discrepancias: en cierto modo, dichas discrepancias eran francamente inevitables, porque la Compañía de Jesús ya había comenzado a mostrar una de sus principales señas de identidad, que no era otra que la pluralidad. Sin embargo, la crisis bélica de 1640 provocaría un descenso demográfico del que los jesuitas no se librarían. Por otra parte, la Compañía siguió innovando, y prueba de ello es su apuesta por el teatro, que, si bien no era creación suya, sí fue desarrollada de manera suficientemente hábil para hacerla eficaz en el proceso de adquisición de conocimientos. Y siguieron apareciendo grandes figuras, como Baltasar Gracián, autor de la célebre obra *El criticón*. Todo ello sin perder la influencia en los centros de poder, alcanzándose una de las mayores cotas con la presencia de

Everardo Nithard durante los últimos años del reinado de Felipe IV y, sobre todo, durante los primeros de Carlos II, un *fin de raza* cuyo evidente retraso mental hizo a Mariana de Austria buscar una persona de confianza que pudiera asesorarle en el gobierno de la monarquía.

La contribución de Javier Burrieza finaliza con un amplio capítulo sobre la presencia de los jesuitas en las misiones: no en vano, ya hemos dicho que el libro analiza la Historia de la Compañía de Jesús no solo en lo que sería ahora en sentido estricto España, sino también en el mundo hispánico. El autor lo afirma con claridad al inicio de su contribución en este terreno: la llegada de los jesuitas a las Indias españolas fue tardía si se compara con otras órdenes religiosas o con la demanda solicitada desde el principio por los monarcas portugueses para las suyas. Pero ello no fue obstáculo para, como había sucedido en España, realizar una rápida y efectiva expansión: Brasil (el autor recuerda que, para Ricardo García Villoslada, pocas naciones debían tanto en su constitución y en su cultura como ésta a la Compañía de Jesús), México, Perú, Ecuador (bajo control de la Audiencia de Quito), Colombia (en ese momento Nueva Granada), Chile (presencia esta difícil, por las dificultades geográficas y la beligerancia de la población nativa, a pesar de contarse con el apoyo del propio Felipe II) y Paraguay (la zona de América Latina que posiblemente más prestigio daría a la Compañía por sus célebres «reducciones»). No se olvidaron los jesuitas de alcanzar las Filipinas, a pesar de la extrema lejanía, ni de aprovechar los alrededores de ochenta años de dominio de los Austrias en Portugal para implantarse en el país atlántico, con la figura del predicador y misionero Antonio Vieira asumiendo un papel central. Es así como concluye la contribución de Javier Burrieza, que debemos elogiar por su ponderación y equilibrio, así como por una madurez de ideas llamativa en una persona que apenas supera los treinta años de edad.

El siglo XVIII ha sido analizado en exclusiva por quien posiblemente mejor lo conozca desde el punto de vista de la Historia de la Iglesia en España: Teófanos Egido, Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Valladolid recientemente jubilado. Egido lo tiene muy claro: el último siglo de la modernidad es el de la cima de poder, el de la gloria, de la Compañía de Jesús. Sería cerrado de manera muy dura, con una expulsión de España y una posterior disolución que, sin embargo, no significaría su final. Los jesuitas se beneficiaron, en ese sentido, del crecimiento demográfico que se produjo ya desde prácticamente el final del siglo XVII y que se mantendría a lo largo del siglo XVIII. Siguieron con su papel relevante dentro de la enseñanza, con nuevas creaciones (la Universidad de Cervera, por ejemplo) y con la presencia en la Corte española, que, aunque ahora bajo otra dinastía (los Borbones), seguían confiando en los jesuitas (destacamos a los confesores Guillermo Daubenton, Pierre Robinet, Gabriel Bermúdez, Juan Marín y Guillermo Clarke, entre otros, pero sobre todo a Francisco Rávago, el confesor con mayor poder durante toda esta época). A partir de la segunda mitad del siglo XVIII comenzarían los problemas para la Compañía de Jesús, cuya excesiva influencia le costaría la expulsión de Portugal (1559) y la supresión en Francia (1564), comenzando a actuar contra ellos algunos ministros (especialmente Wall, denominado erróneamente por Egido «Bernardo» cuando su nombre de pila era, en realidad, Ricardo). Como recuerda el autor, la Compañía comenzaba a encontrarse muy sola, y, por ello, no resulta de extrañar que, tras el motín de Esquilache (1766) y su consiguiente expulsión (1767), el resto de las órdenes religiosas no solo no reac-

cionarán ante ello, sino que se encontraran plenamente complacida por la medida, o al menos así lo afirma Egidio. Se iniciaba así el posiblemente más duro período de su historia, con una disolución papal de la Compañía en 1773, una prácticamente nula acogida en los territorios pontificios y, tras un retorno a medias, una reexpulsión en 1801 a cargo del ministro Ceballos.

Es así como llegamos a 1815, donde comienza la contribución del tercer autor del libro, Manuel Revuelta. Si los capítulos realizados por Javier Burrieza y Teófanos Egidio son francamente brillantes, los escritos por Revuelta son, sencillamente, magníficos, no solo por el habitual rigor con el que este profesor trata los fenómenos históricos, sino por el desapasionamiento con el que escribe la Historia de una orden a la que él mismo pertenece. A ello hay que añadir la virtud de que ha querido llegar hasta nuestros días, lo que le obliga a tener un control de las fuentes bastante elogiable y que nos permite albergar una visión total sobre lo que ha sido el devenir histórico de la Compañía de Jesús en la contemporaneidad.

En dicha contemporaneidad parece evidente que los avatares por los que ha debido pasar la orden ignaciana han sido bastante más adversos que en los tres siglos anteriores. Primero, como todo lo católico, hubo de hacer frente al gran fenómeno ideológico del siglo XIX, que no es otro que el liberalismo, definitivamente condenado por el Papa Pío IX (1846-1878) en su famoso *Syllabus* de errores. Luego, en el caso de España, habría de sufrir el laicismo (más bien anticlericalismo) de la II República (1931-1936), que le costaría una nueva disolución (aunque en este caso sin venir añadida de una expulsión). La labor *recatolizadora* del Régimen de Franco le permitiría recuperar una parte muy significativa de su posición, pero en Roma, con el creciente poder del *Opus Dei* y del resto de movimientos ultraconservadores, su papel de primer orden se perdería tras la muerte de Juan Pablo I en septiembre de 1978.

En ese sentido, Manuel Revuelta considera que, para entender la historia de la Compañía de Jesús en la España de los dos últimos siglos, resulta necesario utilizar dos claves interpretativas: la de la Historia de la Iglesia, por un lado, y la de la Historia política de España, por otro. En el primer caso, la Compañía, que siempre destacó por tener un cuarto voto especial de absoluta obediencia al Papa, se adecuó a las directrices de la Iglesia y de sus pontífices. En el segundo caso, los jesuitas tuvieron que luchar contra una realidad política que se ha revelarían extraordinariamente dura con ellos: sus cuatro supresiones y cinco restauraciones constituyen una buena prueba de lo dicho.

Para Revuelta, los discípulos de San Ignacio de Loyola cayeron en la vorágine de las luchas políticas del siglo XIX, sin que ellos lo hubieran buscado. Dos han sido las ideologías que le han atacado con mayor fuerza: el liberalismo radical, por un lado, y el democraticismo laicista, por otro. Y eso que, como muy bien recuerda Revuelta, la hostilidad de los liberales hacia los jesuitas no se produjo en los inicios mismos de su dominio político (Guerra de Independencia, con las Cortes de Cádiz como marco central), sino más adelante. Sin embargo, el hecho de que hubiera una orden renovada que quisiera reforzar todavía más el poder eclesiástico que ellos querían controlar, hacía imposible una buena relación entre liberales y jesuitas. Como dice con acierto este historiador, la Compañía había renacido bajo un cielo absolutista y ello la marcaría para tiempos posteriores. Desde esa perspectiva, Revuelta, que es hombre con gran sentido didáctico, adjunta un cuadro con los avatares de la política española, de

la Iglesia en la Península y de la Compañía que resulta muy claro para apreciar la enorme convulsión que ha marcado el período contemporáneo.

Este historiador de la Iglesia considera que hay un primer período que es el que transcurre entre 1815 y 1874, denominado por él de «reapariciones inestables». Con acierto inserta el desarrollo histórico de la Compañía en el marco universal de las revoluciones liberales, a las que se respondió con varias oleadas absolutistas. Una Compañía que, sin embargo, nunca dejó de tener adeptos, lo que podemos constatar a partir del número de vocaciones que Revuelta detalla, con excepciones como la de 1835, en que la supresión de la orden tuvo entre sus muchos resultados nefastos la ausencia de ingresos de novicios. Los males no acabaron ahí, pues la llamada «matanza de frailes» en Madrid de julio de 1834 se llevó por delante la vida de varios jesuitas. Sería esencial, en ese sentido, la universalidad de la Compañía, que se recuperaría a partir del impulso dado por dos grandes países latinoamericanos (Argentina y Colombia).

En 1875 se iniciaría una segunda etapa que Revuelta ha denominado de «estabilidad y progreso», y que se prolongaría hasta 1931. Nuevamente adjunta cuadros que ponen de manifiesto el crecimiento de la Compañía en el marco de la Restauración, siendo la monarquía de Alfonso XIII un pilar esencial para el desarrollo de sus fines apostólicos. No obstante, el pluralismo del que ya hemos hablado no podría evitar el surgimiento de focos integristas, así como los rebrotes de anticlericalismo. Fue esta también una etapa de gran expansión dentro del mundo secolar, destacando la figura del Marqués de Comillas, gran patrocinador de la orden. Todo esto se vería cortado bruscamente en 1931 con la marcha al exilio de Alfonso XIII y la disolución de la Compañía, que para Manuel Revuelta fue la más grave de todas las que acontecieron a lo largo de la Edad Contemporánea. En ese sentido, siguiendo la tesis doctoral de otro historiador de la Iglesia jesuita, el padre Alfredo Verdoy (autor de *Los bienes de los jesuitas. Disolución e incautación de la Compañía de Jesús durante la Segunda República*. Madrid, Trotta, 1999), el autor realiza un seguimiento minucioso de las estrategias de la Compañía para asegurar su supervivencia, con una labor de inscripción de bienes a nombres de terceras personas interpuestas que demuestra la capacidad de reacción de la institución ignaciana ante los acontecimientos adversos. También como poco más de siglo y medio antes, la Compañía, recuerda Revuelta, se encontraba en un momento de gran esplendor, el mejor desde su restablecimiento en 1815. Produce satisfacción, desde esa perspectiva, el tratamiento tan objetivo que da el autor a una cuestión tan polémica, frente a las visiones tan apasionadas tanto de historiadores eclesiásticos corporativistas como de renombrados anticlericales.

Revuelta afirma con contundencia que, precisamente por esa política previsoras de los jesuitas, cuando Franco, que sería a la sazón el gran vencedor en la Guerra Civil, decidió restablecer la Compañía de Jesús, no se produjo en realidad un empezar de nuevo, sino que hubo una rápida reactivación como si lo sucedido en 1931 no hubiera tenido lugar. Sin embargo, recuerda él también, el panorama socio-económico había cambiado mucho y la pobreza y el subdesarrollo que se apoderó de aquella España de la posguerra no dejó indemnes a los jesuitas, que, como tantos españoles, pasaron múltiples apreturas. A fin de cuentas, la Compañía de Jesús no vivía al margen de la realidad nacional, y, por ello, cuando en los años cincuenta y sesenta los seminarios comenzaron a llenarse de aspirantes al sacerdocio, los jesuitas también recibieron

numerosos novicios, algo que podemos seguir a través de los completos cuadros que adjunta Revuelta.

La Compañía tampoco vivía al margen de la realidad universal, y, por ello, hubo de sufrir como el resto de las órdenes religiosas y como el clero diocesano la enorme crisis desencadenada a raíz de la celebración del Concilio Vaticano II, el gran acontecimiento de la Iglesia católica en la Edad Contemporánea y que provocaría un auténtico terremoto en sus estructuras. Esta etapa coincidió con el generalato de un español dotado de una privilegiada inteligencia pero a quien se le he acusado de no tener suficiente mando para dominar la nave jesuítica durante la dura travesía del Posconcilio: Pedro Arrupe, que estubo al frente de la Compañía entre 1965 y 1981, una etapa calificada por el autor de «renovación» y que realmente se prolongaría hasta nuestros días. Parece evidente a la luz de lo que leemos la notable admiración que Manuel Revuelta siente por este religioso vizcaíno (a quien él tuvo el privilegio de conocer), a pesar de lo cual el autor mantiene un tono lo suficientemente objetivo para ver las luces y sombras de aquella época tan convulsa: crisis de vocaciones, crisis disciplinar, intentos de división de la Compañía, admoniciones de Pablo VI, etc., con la Congregación General XXXII como acontecimiento estelar. Juan Pablo II decidió que había que poner orden dentro de la Compañía y, por ello, coincidiendo con la durísima enfermedad de Arrupe (enfermedad cuya aceptación por parte de este Preósito General produce admiración en el autor), le impuso un nuevo superior, Paolo Dezza (1981-1983), hasta que la Compañía recuperó el dominio de su propia nave en la persona del holandés Peter-Hans Kolvenbach, cuyo mandato se ha prolongado hasta nuestros días. Da la impresión, en ese sentido, de que a Manuel Revuelta dicha intervención le parece excesivamente rigurosa, pero, en cualquier caso, se muestra sumamente respetuoso con esa decisión pontificia, lo que viene a realzar la objetividad del autor. Cierra el libro un capítulo donde lo que se pone de manifiesto es que la Compañía de Jesús sigue manteniendo un papel muy destacado dentro de la Iglesia católica y, también por qué no decirlo, en la sociedad y vida intelectual española.

En definitiva, nos encontramos ante una obra de extraordinaria calidad, sumamente compensada y capaz de resumir en poco más de quinientas páginas las luces y sombras de un orden, la fundada por San Ignacio de Loyola a mediados del siglo XVI, sin la cual resulta imposible entender las claves de la Iglesia durante la Edad Moderna y Contemporánea.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

JIMENO CORONADO, JOSÉ - JIMÉNEZ GÓMEZ, FRANCISCO M., *El cayado roto. Narciso de Esténaga, Obispo de Ciudad Real. Testimonio de un pastor en tiempos de violencia* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004), 309p., ISBN: 84-7914-738-5

La Guerra Civil fue un drama que sacudió a España y que se cobró un importante número de víctimas en ambos bandos. La Iglesia no solo no fue una excepción, sino que puede presentar unas cifras de enorme impacto: casi siete mil personas de condición religiosa, entre ellas doce obispos y un administrador apostólico. A ellos podría